

**Manolo Millares**

**Memoria de una  
excavación urbana  
y otros escritos**

**DONACIÓN**  
Cabildo Insular  
de Gran Canaria

MEMORIA DE  
UNA EXCAVACION URBANA  
Y OTROS ESCRITOS



## **EDITORIAL GUSTAVO GILI, S. A.**

**BARCELONA-15 · Rosellón, 87-89**

**MADRID-6 · Alcántara, 21**

**VIGO · Marqués de Valladares, 47, 1.º**

**BILBAO-1 · Colón de Larreátegui, 14, 2.º Izq.**

**SEVILLA · Madre Ráfois, 17**

**BUENOS AIRES · Cochabamba, 154-158**

**MEXICO D. F. · Hamburgo, 303**

**BOGOTA · Calle 22, número 6-28**

**SANTIAGO DE CHILE · Santa Beatriz, 120**

**SAO PAULO · Rua 24 de Maio, 35**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
LAS PALMAS DE G. CANARIA  
N.º Documento 79266  
N.º Copia 705214  
C. N. P.  
MANOLO MILLARES

# MEMORIA DE UNA EXCAVACION URBANA Y OTROS ESCRITOS

Con 8 ilustraciones del autor



Colección «Letras del Arte»

EDITORIAL GUSTAVO GILI, S. A.  
BARCELONA



© Elvireta Millares y para la presente  
edición Editorial Gustavo Gili, S. A.  
Rosellón, 87-89 - Barcelona-15

Printed in Spain

Depósito Legal: B. 9.312 - 1973

ISBN 84 - 252 - 0745 - 2

T. G. Ferrer Coll - Pje. Solsona, s/n - Barcelona-14

## NOTA DEL EDITOR

Prematuramente desaparecido (Las Palmas 1926 - Madrid 1972), fundador y miembro activo del grupo El Paso, que significó durante unos años la más extrema vanguardia del arte español, Manolo Millares ha dejado, además de sus pinturas —conocidas en el mundo entero—, una obra escrita prácticamente inédita, si no muy extensa sí de indudable calidad literaria. Nada mejor para presentar estos escritos, de los que aquí damos tan sólo una breve selección, que las palabras del propio artista:

*Estos escritos a veces incoherentes, umbilicados a los destrozos verbales de la gramática parda y con sus aires también de un barroco pasado de matute por la puerta falsa, no son más que meros anhelos, pasiones, codicias y frustraciones de unos hombres (el hombre contemporáneo) que terminan hundiéndose en el absurdo y la alienación. Un principio de lucha, de aspiraciones más o menos lícitas y un final de confusión y locura, esa muerte lenta que nos corre por las venas tan aprisa.*

**CRONOLOGIA.** — Por recuerdos familiares, puede situarse el texto titulado: «ANTE UN DIBUJO DE EVA QUE LE SALIO IGUAL a J. R.» hacia 1966. «MEMORIA DE UNA EXCAVACION URBANA» —el texto más importante— está fechado en enero 1971. Los restantes, creemos habría que situarlos entre estas dos fechas, a excepción de «CUADRO SIN NUMERO» fechado en 1964 y «HOMENAJE A PICASSO» que, habiendo sido escrito con motivo de su 90 aniversario, es evidentemente de finales de 1971.

# MEMORIA DE UNA EXCAVACION URBANA

(Fragmento de un diario)

1. Cosa rara de contar. Porque raro de lo más es el hecho, la historia, como si anduviese por otras latitudes no mensurables, fuera de centímetros, milímetros e infinitesimales, qué sé yo.

Me entró una comezón, el emperramiento de hurgar en aquel sitio, un solado normal de lustrosos baldosines pero súbitamente no tan espejo como eran conocidos, sino tierra, humus de lugares perdidos en el fondo del mundo cuaternario.

Era el empecinarse del sin juicio allí, en aquella hora, la misma hora de la noche, arañando el suelo con chirriar frío de erizarse, incómodo el cuerpo.

2. Me decía que estaba mal aquello de darle en insistir. Y aun así mis manos trabajan, labora el pensamiento un paraíso que quiere ser de limo convocado, sacrificio remoto de dioses inconclusos.

3. Instrumentos necesarios para una excavación:

Piqueta,

Manos,

Paleta,

Manos,

Cepillo de dientes,  
Manos,  
Probetas,  
Manos,  
Cucharas,  
Manos,  
Navajas,  
Manos,  
Cepillo de uñas,  
Manos,  
Brochas de pintor,  
Manos,  
Cacerolas,  
Manos,  
Espuertas,  
Manos.

4. Vivo en un cuarto piso de una casa de aquella ciudad y tengo un raro afán coleccionista. La cratera y el skyphos no me son extraños. Y el unguentario. Y la sonrisa torcida de Micenas.

Todo está allí sobre los estantes donde me muevo: la Etruria en recogido bronce, la sigillata hispánica, la fíbula, los vasos de lastimosa cochura, la siembra cortante de ordenados líticos, todo.

Y yo queriendo ser excavador de secano, clandestinamente ignorado y temeroso.

5. En el cuarto grande tengo un suelo-espesor con techo de vecino: veinte centímetros que me lo creía.

6. No quieras saber si se entera ella. Está que si olfatea. Yo, ahí te pudras que no pasa nada. Tácita llevo aquella industria a la hora del sueño, difícil a

cualquier sorpresa. Debajo de mí está todo un ático antepuesto-invertido de estratigrafías y catas que imagino desde Troya a Teotihuacán y no me quedo corto, vaya a saberse, con lo que se dice del hallazgo de piezas, despojos de repente de las Hiades.

7. El piso, tras mi nocturno quebrantar la tierra, vuelve a su primitividad lustrosa de cuadrícula, cuestión de un santiamén; ni se nota la huella-araña de mis uñas u otro particular de indicio. Y así, sin perder ni ganas ni esperanzas, toda la noche yo, solo con el sondeo y esa angustia.

8. Apunto en mi libreto de hallazgos: «Machoire humaine fossile». Encontrada en la segunda fase de prospección de la quinta capa del suelo.

La realidad se complica con esto de hallar algo en un depósito que no está aquí, pero quisiera, mas en la Dordogna, cosa natural.

Me vuelvo más hermético con la perforación fructífera y me pierdo en la oficina cavilando entre los juegos antiguos que manejo. El personal no ha visto nada de extraño en mi actitud. Ni la chica de servicio mis salidas calladas. Sólo el vecino del piso inferior se comporta raro, sabiendo algo que no alcanza su cerebro, frotar de zonas que se pierden. Supongo lo que diría que allí se encuentra, falto de capacidad para saberte con tu idea, segregando mi acto de su centro, mero perderme alucinado.

9. No quiero que avance en su sospecha. Mi situación podría hacerse excesiva según pudiera mirarlo el demandante. Hasta aquí todo va bien: venga a

dormir y a rozar su propia trepanación que no controla arriba y su techo.

10. El tiempo me ha dado la razón —y el insistir— al separar la pura confrontación imaginaria de este «homo diluvii testis».

11. Hasta ahora llevo inventariado:

- a) Dos sílex de corte bifacial (probable del primer período).
- b) Fragmentos líticos de uso doméstico.
- c) Carbones y materia de aluvión en la quinta capa.
- d) Mandíbula humana fósil.

12. Trabajé más a la derecha, metido bajo-tras-sobre el espacio del mueble armario y sin saberlo durmiendo y concluido, sin ningún otro particular que registrar. Era la plena confusión del vacío solemne ante un Paleolítico Inferior que allí no estaba ni debiera, pero que sí, como un mentís de mis propios cálculos bien cimentados. Recuerdo que era algo diferente mi idea. Para empezar, sólo un juego terco, y así lo mantenía, ni que decir de hacerme el serio o —en otro extremo— el tonto, sobre la riqueza vertical de este nuevo abismo cronológico.

Según los cálculos antedichos, a dos metros de profundidad vendrían los vestigios varios hasta pasar por lo romano. Era lo convenido de mi esquema, si bien no con toda solidez asentado. Vasijas que no aparecieron hasta la angustia de un tino falaz, errando baldosas infinitas, muestras de mis pies por la mañana en casa, el desayuno, ella diciendo qué mala cara llevaba, si tenía salud, y las alfombras cubriendo cicatrices de heridas recientes.



13. Pues, ¿y esta queja? Pasé tiempo —noches de leve sin saber— hasta el miedo de perderme, inútil el esfuerzo de rascar en donde creía, todo un mundo de sacos y más sacos, rotos, agujereados, de un largo período de mil años.

14. Estoy más lejos, con lo inesperado, a unos veinte metros de profundidad, por lo que encuentro enojoso cualquier tipo insatisfactorio de expresión escrita o hablada.

15. Salvo que el inquilino de por bajo se amargaba, algo oía extrafondo, fuese el garrapateo de una desmesurada araña, el seísmo pavoroso.

Avieso andaba —como no sabedor del miedo sospechado en tomarse la incordura— por aquella escalera sólo alguna vez me lo encontraba con rostro de ignorancia, ojos que no le iban, con traslado inminente de piso, de barrio, de ciudad, sordo temor de tantos ruidos, desaparecer de mi vista.

Nada más cuando te vuelvas ilusorio ruido de noches, desgraciado, te pondré en vela, testigo mío, acompañamiento sin razón, sordo-ciego siempre y hasta cuándo.

16. La vez de ahora me dañó. Lesión de muñeque o peor parado si se quiere, la forzada muñeca en su afán de ósea piqueta, ya que me habías advertido de ésta u otra contingencia y de la obligación de toda medida de prudencia. Mientras más profundo el perforar, granito, igual navazo; luego y entonces era delicia con lo fácil, pura playa todo hasta la volcánica Lancelote sangrada por Don Juan de Be-

thencourt, de arena limpia, cortada sin atropellamientos abisales.

17. ¿Trocha regresiva ésta, sin fin, al revés de mi creencia en el cálculo exacto o, fuese poco o mucho la quimera, que en realidad nada fue, ni cierto el respetable hondón del que iban extraídas tantas pruebas materiales?

18. Desconcierto de mi plan todo por aquella como una vuelta atrás mostrenca, estratigrafía de dos mil años, pues de ayer, romana cuando Augusto y —si hilando delgado— Julio César a lo sumo. Si digo «encuentro inopinado», asombro sólo, quedo en la verdad mezquina, con camino sin andar en la cicatería, pues ¿qué —cosa del más absurdo viaje— habíame revuelto lo que ya era hecho muchos metros más arriba, plena historia troquelada de Plinio, la realidad pasada, perdidos mis vestigios paleontológicos?

19. Vuelvo en confusión a pasar consulta de lo inventariado, el libro de tapas de cartón en rojo oscuro, y toco la certeza de mi letra, las alfileres prendidas en cada vínculo de la antigüedad. Allí están los dedos del tiempo remoto y sus marrones desprendidos como una piedra fina lasqueada y marcada en los detalles. Cuarenta mil años, que si te he visto no me acuerdo, como el desande bajo un polvo blanco si se quiere; una cumplida vitrina-aire-nada.

20. Si siguiese en derecho al hueco de mayor resistencia —como mármol— pudiera ser que encon-

trara algo singular, lo que esperaba, no cuestión de niveles todo marasmo y perdido el hilo, más la pieza maestra, el nuevo cánon para dar naufragio a la egregia idea aristotélico-platónica del cosmos, la psicología humana, los restos calcinados del general Pericles.

Era sólo un sentir, como una sospecha de un todo mentira, la sacudida fuerte que despertara la idiotez de este inmueble donde yo cultivo plantas de mi locura.

21. Pienso si fuera capaz de eliminar la obstrucción (aquel mármol hasta ahora como una losa del oculto secreto) invocando a Sir Arthur Evans o al Minotauro en el laberinto de Dédalo. Entonces yo diría, no antes: ¿y si me cierran la mirada?, ¿la hora del suicidio? Tal vez. Tengo aquí los ojos desmesurados de Van Gogh con su postrer disparo: «en este mundo siempre habrá miseria».

¿Soy una hormiga, un hombre, una oruga? El sol perdióse sin ponerse detrás del Guadarrama y lo sé por esa referencia que viene calándome los huesos que de lo otro nada, ni soy yo o si lo soy, cabeza, pelo, brazo, pataslargas, viscoso acordeón rojo sobre la hoja de una encina. ¿O es, fuera de mi posibilidad más íntima, una concatenación de bicho aparcado en la memoria del gran monstruo urbano? ¿Cuánto tiempo pone una hora en correr por mi sangre caliente sin que me diga y rediga todos los números largos del infinito?

No corras. Que corriendo han pasado los primeros cuestionarios que te impuso la estúpida herida biográfica enterrada en suelo atlántico, y ya, cuando

pasado, no queda ni empeño u otra cosa, aparte el calcio que bautizó la nada.

22. La piedra tiene un peso inusitado —algo fuera de todo lo previsto—. Si más lo intento, mayor la resistencia. Las manos son poco en el empeño y todas las manos del mundo con las que —de otra parte— no puedo contar, dudo fueran más allá del sitio-ahora. Forma dura, como clavo, llegando al mismo centro de la tierra, su agresividad invencible en ser ella sin moverse y, por encima de todo intento, su color blanco fuerte, como una luz única en tal profundidad negra.

Que si salgo del agujero me lo pregunto mil veces al día, pero estoy tan en ello que la pregunta sobrepasa voluntad y ganas. Cada noche, como un infierno, los dedos son otra cosa y mi cerebro un instrumento quebrantado por ansias y devaneos, una sola incitación a cavar y cavar no sé hasta dónde.

23. En torno a la gran losa he profundizado tal vez en la creencia de poder dominarla en sus flancos. Puro bloque —cubo inmenso— la enorme pesadilla que tiene ya la altura de catafalco de cíclope.

Pensé en una grúa —si fuera ya posible mayor incongruencia— y me dije que todo, absolutamente todo, era cuestión de ponerse y de lograrlo, aunque fuera menester el uso de la escalera principal o el ensanche del portal de la leñera.

24. Nada iba con sentido. Sólo había un camino, pero intransitable a tal cúmulo de hierro, la boca estrecha de cuatro baldosas levantadas, gritando piso a piso, del cuarto al tercero, del tercero al se-

*[Handwritten scribbles and symbols]*  
A large, dense scribble of black ink dominates the upper half of the page. It includes several loops, a horizontal line extending to the right, and a small circle with a cross inside. The word "BOD" is written in a cursive style at the bottom of the scribble.

---

*[Handwritten text, mostly illegible due to blurring]*  
A horizontal line separates the upper scribbles from the lower text. The text below is written in a cursive hand but is significantly blurred and partially obscured by a large black ink blot.

gundo, del segundo al primero... Y la máquina —la grúa— ¿de qué fábrica, dónde hallarla sin llamar a la curiosidad natural? Problema insoluble fuera de mi soledad y del cansancio de siglos exhumados.

25. Al costado de la piedra, ahondada ya en más de tres metros, leo con asombro:

**Navigare necesse est,  
vivire non est necesse**

Tenía en la memoria algo así, sobre un muro blanco, con letras torpes, rojas, allá en la isla: «Vivir no es necesario, navegar sí».

El bloque de los gigantes me echaba el bofetón de su clave enana que, hasta allí habíase portado mudo, masa de misterio y de esperanza entera. Me retrotraía a un mundo de cochambre, como de ayer, miserias de pan podrido, verde, no más de treinta años atrás, las sucias aguas monetarias de la familia pudiente, de mil novecientos treinta y cinco Etiopías, de paraguas, de negus con sábanas de huída, blancas sábanas sobre pieles oscuras, de llagas oscuras. ¿Cómo aquella burla subterránea? ¿Mussolini, D'Annunzio, Balbo, entroncaban con la Roma del Gran Imperio? ¿Y desde cuándo mi vuelta atrás, añagaza de mis ojos cansados, renegridos, agujereados por la larga noche de los abismos?

26. Me senté así que pude sobre el barro pegajoso de las cloacas, y pensé en el Mesolítico, las grandes culturas mesopotámicas; pensé en Ur y el dios acuático, maléfico, que se cuele por el golfo pérsico ante la mirada inexpresiva de Abraham. No había llorado desde el primer día de la excavación y ahora todo

en el suelo, suelo blando, lágrima turbia de río por la lluvia, si sería que volvía a la superficie, a las baldosas, al sofá, a la alfombra.

27. Pero no. Algo quiere cambiar —trastocar— las piezas de aquel juego. (Mussolini fue arrastrado, masacrado, por la ira partisana cerca de Coras y colgado por los pies en una plaza del mercado de Milán; el otro, el héroe escritor, bizco, se hundió en sus amores imperiales.) Mentira parecía, cosa imprevista, el petrogrifo del fascio y no quise volver a la piedra, la mole de tanto obstáculo, con otros datos no tan lejos como para olvido de mi infancia. Pedestal sería del bronce del pequeño rey Victor Emanuele minimizado por el futurismo maquinístico de Marinetti.

No me atreví a seguir aquel camino, extraviado como estaba, y me salí por la derecha, un filón que prometía oros, dispendios del remoto que buscaba. A tanta hondura iba, que apenas si encontraba trecho en que moverme, los ojos feos, más acostumbrados a los cambios de terreno; aquí tierra caliza, allá piedras alineadas no casuales, más allá conglomerados de aluvión...

28. Hallazgos menores seguían con regular monotonía. No es que fuera mi deseo (contradicción de contradicción) un mundo perdido, habitante encubierto de ignorancia erudita, las piezas nuevas de otro hombre no eslabonado a cualquier reglamentación antropomórfica. La losa —mi vana esperanza— era escarmiento de irse quedando con la idea y, al límite, encontrar sólo el vacío y la propina inútil.

29. Una cabeza de época romana fue manantial en mi sediento inventario de lo buscado. Alabastro de gran calidad —y el cánon— tallado con mano de provincia, posible de las legiones veteranas de las guerras cántabras. Busqué siguiendo el rumbo, un bello cuerpo femenino, sin que a mis manos llegara, salvo fragmentos inconexos.

Y este mismo día incluyo en mi libreta de hallazgos algo nuevo, cosa aún sin identificar, mas de gran interés arqueológico: un objeto de piedra pulida en forma ovoide con dos perforaciones simétricas de gran belleza cuyo uso desconozco. Unos centímetros más arriba doy con fragmentaciones ferruginosas y gran parte de un cráneo de homo sapiens que allí era Luisa cuando me acuerdo, los ojos vacíos, ya muerta, las hormigas trochando por la cara hasta la boca abierta, Luisa tuberculosa en aquel pueblo, Luisa hundida en la cama metida por las sombras del cuarto y yo, aguanta el respiro, conjurando el vacilo al pasar por la calle y ahora el entierro y la madre, Luisa no te vayas, Luisa en el otro mundo te espero, ¡y qué gritos, dios! El cráneo se me fue de las manos. La joven Luisa caía del terror de mis manos, el homo sapiens crujió seco contra el suelo fuera ya de la forma, polvo inocente de una soledad milenaria.

Mirar —porque miré— y sólo vi cromos desteñidos de Ronald Colman, Jean Harlow, Ramón Navarro, Jeannette Mcdonald, reclamos de cajetillas de tabaco que volaban, se volatizaban y no había viento, no corría una pizca de aire, mas debí estar en otro tiem-

po, carretera con bordes de eucaliptus, qué fuerte aroma, y niño constipado.

30. Subir al piso y en la cama no dormir en darle vueltas a la piedra ovoide y sus dos perforaciones, ¿qué uso tendría, qué hombres la usaron? ¿Inicio de forma esteatopígica? Todo ahora sueño; mujer dormida —cómo duerme— necesita diez horas de sueño, estaba en el sueño pesado, duro el cuerpo como fibra en máxima tensión. Sábanas finas ribeteadas de encajes, las que hizo con tanto amor en los días de novios, ella y su cuerpo, no más que cuerpo hasta mañana sonando el despertador cuando aún el cielo arrastra las cenizas de la noche a otras noches y otros sueños, tantos sueños, los niños al lado soñando ¿qué sueñan los niños? ¿Qué arqueología sueñan los niños, mis hijos, los niños desgraciados, los niños ricos, los del puerto, los de la ciudad, qué arqueología sueñan?

Ningún testimonio hasta el momento de sus aros, molinitos de piedra, vasijas chiquitas, nada; sin niños vivió la prehistoria, peludos niños que piensan en el sílex, el mamut y los fuegos sagrados del holocausto; eso eran, hombres intrauterinos, bestias aullando cuando el parto, el sedante, todos duermen, diez horas mi mujer, diez horas los niños, diez horas el vecino de por bajo que nada sabe y todo sabe de mi hacer y deshacer, diez horas de sueño la ciudad, las colmas, los criminales, una oveja, dos ovejas, tres ovejas... todos duermen, el agua en el vaso y dos píldoras serán suficientes, cuatro ovejas, cinco ovejas, seis ovejas... mi lado vacío, abandonado furtivamente con la vergüenza de ser descubierto, pre-



guntado, con el calor apenas ido de la almohada hendida por la cabeza, el cerebro en vigilia triste, indigno de ocupar aquel puesto donde los cuerpos de la tierra encontraron el sabor desmedido y fértil de la unión de los sexos, flores sin conocer, cardos sin espinas, formas suaves, generosas, pasando por encima de la razón y el impetuoso latido en una masa toda, única, redonda y tibia, siete ovejas, ocho ovejas, nueve ovejas...

31 No he querido privarme de una lectura, del libro de ese colosal paleontólogo que fue Boucher de Perthes, sus primeras excavaciones en Francia, cuando aún se creía en la piedra de rayo —el talismán— primer instrumento que se fabricó el hombre en la hondura de la fuerahistoria. Me anima a seguir la incrédula ciencia al uso, la negación de sus principios en «Antigüedades Antediluvianas», obra audaz, escrita con pasión de adelantado, y Darwin en Inglaterra con su «Origen de las Especies», diez ovejas, once ovejas... ¿fue todo en 1859?

32. Era el dolmen del mismo infierno aquel dolmen de Cocherel en Normandía.

33. Ayer tomé nota de instrumentos líticos, más dos asas decoradas, posibles del período premicénico y una vasija de tipo campaniforme. Todo ello dentro del área que alejaba mi miedo de la gran losa, ya por otros derroteros.

34. ¿Para qué dormir, para qué navegar, para qué vivir? Siento mi peso tierra abajo y tan fácil. Será, pues, la costumbre; volar por grutas sin salidas, ser

Altamira y Lascaux a un mismo tiempo, despegar bisontes y caballos de recónditos parajes, hacer pegajosos y centauros y grifos de las pétreas panzas, restituir el mundo a la nada de un verdadero sueño incontaminado, largo, las píldoras, ¿por qué no? El suicidio no es acto de cobardes o héroes. A lo más, un acto personal de extrema decisión, un acto que sobrepasa cualquier juicio así venga de aquí como de allá.

35. Mi vecino está ahí, frente a mi cama, con un revólver en la mano, es perfecto; tú, Mussolini, Hitler, Nixon, pistola en mano, mi vecino ya con la certeza de mi delito de allanamiento, pálido Benito que si disparas o no, Hitler, a la vez que mi vecino, ignora si soy judío o sóviet, vecino y Nixon pistola en mano, Mussolini, Hitler pistola en mano, Vietnam y mi vecino cada vez más lejos y más y más que no te vayas, por favor te lo pido, que no te vayas, dispara, nadie despertará, será un tiro sordo, un sonido de infinita soledad sin manos asesinas, que no te vayas, por caridad.

36. Soy una pieza arqueológica clavada sobre un muro, una hidria con cristal, donde se ponen todos mis afanes y las enlutadas noches. A eso he llegado de no ser más que sacho y pico y espuerta y hombre-inventario de fósiles cuaternarios, vasija de todo museo, rota vasija, hidria herida, montada de puzzle con cola sintética.

37. Desafuero de vitrina, hazme un adiós con silencio, dulce remedio.

38. Me lleva todo a lo precario, cosa sin comienzo ni tope, igual fuera por mi propio descuido —mero dejarse ir— aquella encrucijada sin escolta, la trampa selvática de ladrillos rojos y el embarrado trasfondo de albañal.

Preparado en manos sabias, me dejo ir, cansado, lacio, pozo sin término carbono 14, yo, carbono 14, tres mil, cuatro mil años con barba, sin barba, con mar, sin mar, allí mismo todo hecho viable; el llano, la encina, las margas miocénicas, el agua —la ola— cuando llega así de tersa, blanca, a la orilla y la isla de Lobos en el azul más azul que mis ojos han visto y la Bocayna donde el Rubicón salpica sus plantas de piedra, vestigios de milagros, historias de santos borrados por el polvo recio del norte.

39. ¿Esta es mi vida? ¿Desde cuándo? ¡Que me digan desde cuándo! Manos cavadoras, vacías como llenas son el arpegio obscuro de momias ultrajadas, momias sacadas al sol del año treinta y seis, carcomidos cueros de cartón piedra que fueran cuando Alfonso el Sabio virtuosas carnes de clausura atentas a salmos y maitines con horario de cuervos, penes y diablos —fállicas tentaciones del infierno— bordados sobre capiteles de claustros románicos. Vacías manos de orzas y urnas cinerarias, de falcatas, de berracos, manos plenas de nocturnidad buscando oscuros rostros del pasado, de otras cosas no vistas, flores que si son ya no eran cuando nacidas y aun siéndolo andaban sin cartas de identidad por mi espinazo, por mi siempre reptar en callejones inventados con rosas de muerto, crisantemos de muerto, siempre vivas siempre muertas de muerto,

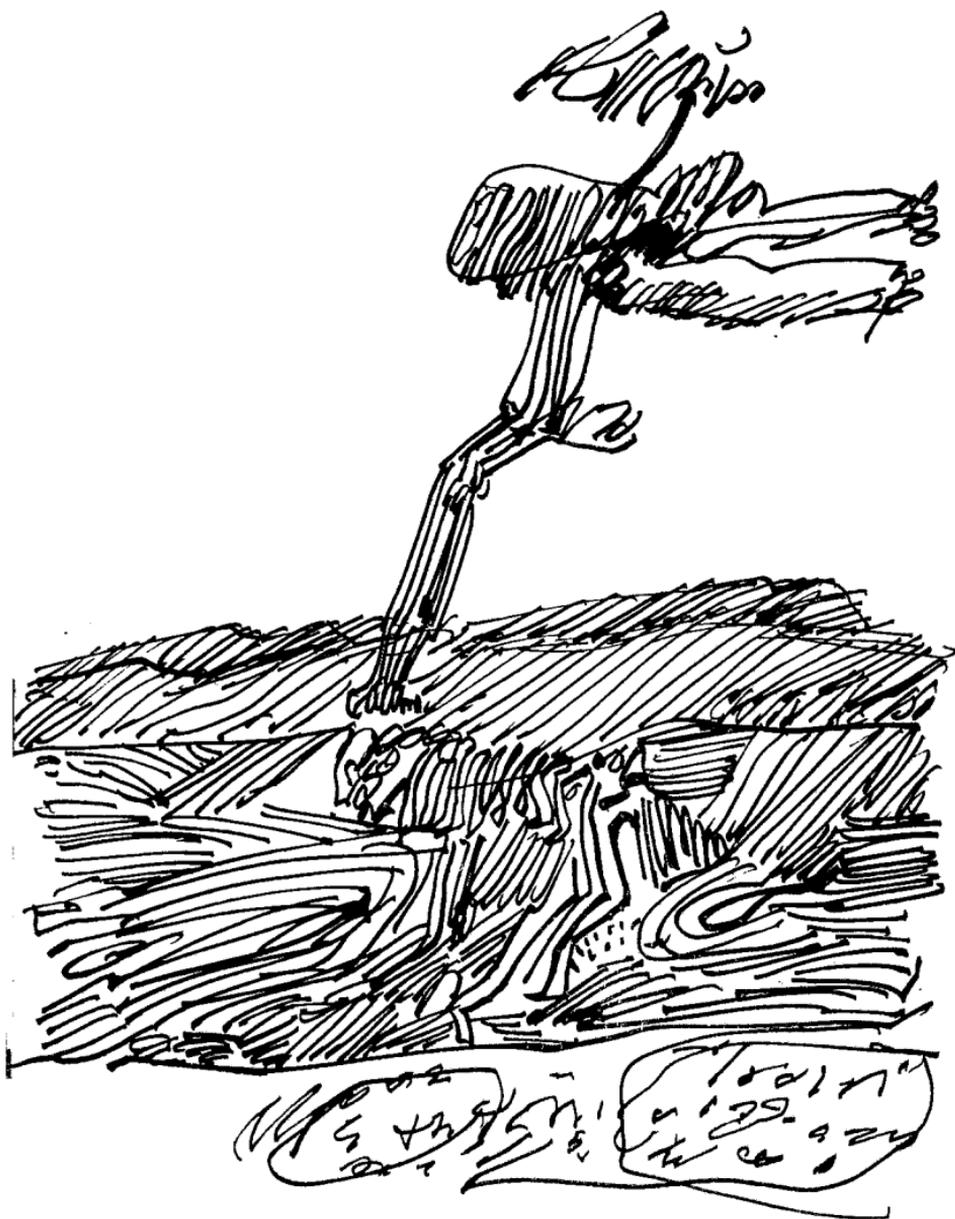
todo sobre mi cuerpo como lluvia implacable, entiero solemne de mi excavación, centro mismo de la tierra.

40. ¿Hafet, Sem, Cam, repartiendo qué antropoides o neanderthales salvados del diluvio?

Cuántas capas de diluvios encontradas en mis prospecciones; capas de cantos rodados, cortezas de arcilla, humus estériles, bolsas de petróleo, segmentos de carbones y más abajo, mucho más abajo, restos de arcantropinos, paleantropinos, neantropinos. Edad Media del suelo, Edad Media de la Historia, anatema más allá de Adán y Eva, fuerahistoria inexistente con millones de años negados con homínidos queriendo ser en evolución para nosotros y nosotros siendo para ellos, para esos que vendrán, nosotros homínidos para ellos, neanderthales para ellos, homo sapiens para ellos...

41. Lo peor de todo es el regreso, cuesta arriba, vertical singladura por cata estéril. Agotado, sin aliento y ya sin sueño, tomaba de los somníferos a mi alcance por paliar la desesperanza nocturna. Ella sabía cada vez más y el silencio iba recomiendo su lengua, una pugna entre razón de sol, reuniones de niños y esas otras cosas que no quería renunciar sin llevarnos al destrozo, esa casa de salud en las afueras, si vieras qué bien se está allí, con sus grandes jardines cortados por setos brillantes de flores y estallidos de verde y las visitas dos veces por semana, me acuerdo de Roberto Schumann y una dulce coronación de muerte.

42. Vuelvo a pensar en dejarlo todo, olvidar la ra-



zón de aquella depresión desmedida que me arrastra y me aniquila. Dejarlo todo ahora, a ella ahora, sin más, cuando aún no era tarde en quitar otros sufrimientos a su vida, yo calle abajo —como perro que huye del desprecio— blanco de muerto que soy dado de alta, hombre completamente sano, decían; bien el electro y equilibrio perfecto saliendo del Clínico los ojos cerrados, escurrido el cuerpo, cubierto el cuerpo de otra vida sin sol y sin ojos, lo tengo presente, y decían que era sano, hombre fuerte sietevidas, yo, puro entierro por cualquier paraje de no sé qué tiempo.

43. Incapaz de rendir en la oficina, me acompañan preámbulos de despedida con mayores dosis de sedantes, de quedarme fuera como atontecido sentado en la acera.

44. Diferente, el suelo se me abrió sin que yo lo tocara, magnánimo, amplio en su espacio y escalera de caracol hasta el fondo. Nada de esfuerzos por mi parte; hacer y deshacer sin cansancio —manos de otros—, andar y desandar sin asfixias, todo por el camino más corto, sin piedras arteras o errores cronológicos. No sufro alucinaciones. Ni el vértigo detiene mi descenso por pisos de vecinos dormidos. Voy como en un barco ya en puerto que nada mueve en torno ni el menor zangoloteo le ajetrea.

45. Desagüe central de la calle y los podridos ciementos de la finca más otras cosas no dignas de mención y el camino expedito noche a noche, día a día, con la luz o con la sombra, igual todo alfombra-

sofá-mesa y vuelto a empezar por aquella noria sin descanso, descansando.

Arriba tal vez llueva (estamos en enero), pero no lo noto en esta humedad permanente que tiene el calor natural de un vientre fecundado. Me encuentro a gusto, todo hecho y gastos pagados ida y vuelta, sólo coger las cosas y volver arriba y volver a bajar y volver a subir y volver a bajar...

46 Ya no salgo de casa. Nunca salgo porque no tengo motivación ahora para hacerlo. La oficina cerró para mí y ha trasladado su emplazamiento. No sé adónde porque estoy sin aviso. Ella y los niños se han ido una temporada indefinida a la provincia, tal vez por varios meses o años o para siempre, todo depende de mis necesidades y me encuentro bien solo, terriblemente solo. Me encuentro bien, sólo con el profundo agujero ya sin disimulos ni bruñidos diurnos, todo el día para mí en el trajinar y esa gran comodidad del bajar y subir inesperadas.

47. En realidad —todo el mundo lo sabe— mi cuerpo se encuentra a gusto allí, a miles de metros bajo tierra y pienso que es el sitio del que no debiera salir jamás.

Madrid, enero de 1971

# SOBRE LOS MUROS

## I

Porque salía entonces, no pude ver lo que pasó detrás del muro, el primer albayalde a este lado, más allá color sin tiempo y desconchones.

«Eso es todo» —fui y me dije— pero no, resulta falso. Porque no salí, ni el sol entraba, blanco, por el filo de la tierra, ni el muro echaba pálidos trallazos fusileros. Ni siquiera puedo decir detrás cuando andaba así y perdido. Y entonces, ¿pero de qué muro hablo?, ¿y si fuese papel acribillado?

Empezaré de nuevo. No es fácil. Trataré de hacerlo una vez más.

Porque salía entonces, no pude ver lo que pasó detrás del muro, el primer albayalde a este lado, más allá... sí, más allá, color sin tiempo y desconchones, un muro sin crepúsculos, sin pálidos trallazos fusileros. Iba saliendo despacio; era, como cualquier otro muro, de piedra vista a una sola cara. Detrás, ni dolor u otro significado, algo así como un silencio sin historia.

No. No está bien como lo dije, si será extraño, ¿de qué muro hablo? El pueblo por aquel entonces —recuerdo— llevaba muro como de cerca, todo habitado de arrugados lagartos. ¿Y el muro de la Central Eléctrica?

Un momento. Repito que no es fácil, el tiempo y eso. Probaré otra vez, será la última.

Porque salía entonces, no pude ver lo que pasó detrás del muro, el primer albayalde a...

Decididamente, señor, este enfermo ha perdido el sentido del muro. Testimonios de otros internados demuestran que el muro era negro, recubierto de alquitrán. En el muro fueron fusilados, según cálculos que obran en nuestro poder, unos veinte mil prisioneros.

## II

—Tienes que llegar a él como sea, es cosa tuya, pero tienes que llegar. Aquí ni un minuto más que nos machacan, del muro nos machacan. Es cosa tuya, te lo digo.

Eran sacos de caqui boca abajo, sólo bichos en el campo siena todo llano y grande con algún olivo, si sería ratonera de los cuatro.

Habló el cabo y no miraba, la cara sobre el polvo. Era asunto del rubio, mala suerte. A treinta metros aquel muro escurrido, puro colador, de blanco sucio y moretones de los fuegos. Los otros allá, a su amparo, oliendo al conejo que si salta, pronto a disparar al que se mueva.

—Cuestión de ocupar la cota, rubio, que nos machacan aquí sin más defensa.

Y el cabo, hondo en el suelo, con aquella advertencia sorda por la tierra.

Handwritten signature or name at the top of the page.



Handwritten text in the middle section, possibly a list or a set of instructions.



Handwritten signature or name at the bottom of the page.

Así me acuerdo de todo, de cuando corrió el rubio como loco por sobre los terrones de los surcos la camisa rota, el pelo desteñido color trigo y la granada en la mano pronta. A unos pasos de nosotros se quedó, el cuerpo revuelto en el barniz rojo atropellado por la espina de la grama. Ni un salto más, ni un grito; sólo la espantada de la urraca.

Cuando cesó el tiroteo, el sol se metió por el silencio y aquel calor de mierda, pegajoso, nos puso la tira sucia como una señal de muerte.

Y el muro no cayó, siguió de ellos, más allá del bulto del rubio, aquel fiambre allí todo el tiempo y el sol estallante que lo asa y lo hincha como un odre.

### III

Puso la trampa casi sin moverse, todo delicado, y reculó despacio hasta la otra banda del camino que llevaba sombras de espesas buganvillas. Allí se estuvo quieto, mirando el agujero grande que tajaba las piedras del muro de la finca y esperó. Un zumbido de moscones echaba rayas precisas al silencio sin cortarlo de neto como era, el sol arriba fuerte, ya de agosto, haciendo luz y negro por el polvo que corría derecho hacia el barranco.

Y por mucho que allí estuvo, nada. Vio como secaba el trozo de tomate, la trampa igual la puso y el resorte mortal enganchado, pronto a caer sobre la presa. Era terco aquel Antonio, acuclillado allí en la sombra, ahora con ganas de orinar. Sacó la pelleja

flaca e hizo ruido cortado de agua amarillenta sobre una tierra con sed, y las hormigas huyendo de aquel diluvio universal, ajenas al asunto. Cuánto alivio. Enfrascado como estaba ni enterarse, la vejiga doliéndole en el vientre.

—Que me la traigas de la droguería, de esas pequeñas de ratones que son baratas —le había pedido a su hermano.

Apenas si la tuvo, ya andaba de camino pueblo abajo y —luego— el sitio aquel que conocía de memoria, el camino del barranco. Allí recogidito se quedó como dormido, los ojos sobre el agujero que ya ni lo veía del uso que les daba y aquella luz tan recia que empieza a reclinarsse.

Sacó la trampa con la tarde bien metida, casi noche, en su emperramiento sin resultado alguno, puro tiempo perdido. El lagarto no asomó sin duda porque había cambiado de agujero, qué sabía él.

Limpió, con mimo casi, los restos secos de tomate; después sacando el gancho del seguro, fuera por descuido, le saltó el resorte con un ruido exacto pillándole los dedos. La mano se tiñó de un rojo oscuro siguiendo el curso sinuoso de la carne y ahora su dolor de clavo ardiendo, el fuerte susto, solo allí y ya de noche.

Y así salió de aquel recreo yéndose por donde vino, Antonio, con la herida a cuestras, apenas recortado de las negras faldriqueras de las buganvillas y abajo el ronco croar de tantas ranas.

## CUADRO SIN NUMERO

Nos hemos reunido hoy para anunciar las santas ver-  
[dades de nuestro suelo.

La palabra mágica se llama conformidad.

La vimos llegar esta mañana a hombros de un por-  
[diosero vestido de levita.

La hemos visto bajar del jumento de Panza.

Venid. Es la hora de la conformidad.

Se puede obtener con un sombrero de plumas y una  
[carta de recomendación.

Es apta para todos los públicos hábiles y de juicio  
[sereno.

Cuatro peldaños no podrán ya quitarle el árbol ma-  
[duro y su flor.

Esta es nuestra realidad.

No importa,

si la visten con el arca prestada de la realeza  
y la corona de cartón-piedra.

Y los zapatos almidonados.

Una vez más, no importa; que no será sino dolor de  
[otra mujer.

No será ni tu dolor ni el mío.

Ni el grito de la sangre salida de madre.

Y si menester fuera,

se alquilará el llanto de una semana (o dos, a lo  
[sumo).

Para tal circunstancia no tienen fuente propia y si  
[se encuentran con el vado  
que cruza la novedad, otro dirá por ellos la palabra  
[que les muerde.

La palabra mágica se llama conformidad.

Conformidad es sana digestión y

perdiz

moneda

pluma

guitarra

peineta

cairel.

Será modelo perfecto de nuestro sistema de adquisi-  
[ciones.

Ideal para la chaqueta prestada.

Todos de pañuelo verde y pantalón a cuadros.

Prohibido el negro. Nada de sujetos de pompas fú-  
[nebres,

que aquí no se muere nadie: a lo más, amigo, una  
[estrella de hojalata.

Nos hemos reunido hoy para anunciar las santas ver-  
[dades de nuestro suelo.

Y tendrán carácter obligatorio con la más entera li-  
[bertad.

Las llaman conformidad.

Perfecta proletaria.

Arado áureo de clan.

Sudor de la frente del conde.

Transeúnte del Rolls Royce.

Cantora de la elegancia.

La moda de brocado al día.

Caballero español.



Conformidad.

Perfecto señor de las Españas.

Conformidad.

Seductora

galante

piadosa

ocurrente

prudente

[prudente y conveniente — ahora —].

Conformidad.

Camina despacio.

Camina despacio.

De puntillas, que no se despierte el carnicero que  
[copula con la mujer del vecino de arriba.

Será modesta

y muy honesta.

Conformidad y sordina.

Hay que hacer cosas del color de carne fresca.

Nada de ruido. .

Piernecitas de niñas inocentes

taladradas con perfumes de menta.

Cosas agradables.

Sueños de ángeles.

Las cosas perfectas.

La palabra mágica se llama conformidad.

Quijano matando a Don Quijote.

Y aquí no pasa nada.

Veremos al cojo metido en la carrera; al ciego leyendo a Sócrates; al manco haciendo calceta; al cuervo en la prédica de la alegría.

Conformidad en todo. Uniformidad y vida de color  
[de rosa.

La conciencia perfumada del constructor de viviendas.  
La siesta de las veinticuatro horas.

La belleza.

El cánón clásico.

Grecia.

La armonía de Pericles en la Roma de Calígula.

La respetable resignación de nuestro pueblo bajo el  
[arco triunfal.

Venid, amigos; es la hora de la conformidad.

La hemos visto bajar del jumento de Panza.

Habrà de sobra para todos en estos años veinte y  
[tantos del Señor.

# VIAJE A LA GUAYANA

## I

Es difícil conseguirlo, pero me pongo en la cola. Según me dijeron los de la Agencia, estábamos en los días punta en cuanto al turismo social. Bueno... ¿y a mí qué?

No había otro medio de salir de allí (el avión de pasaje era entonces un sistema en pañales) y mi mujer y mi hija se ahogaban entre las nieblas del invierno y los fuegos de agosto.

*Tenía que arreglarme el asunto como fuera y sin trampas ni excusas, lo de siempre.*

Le explicaba a mi mujer lo extraño de mi elección. Pasarse el resto de la vida en la Guayana (una de las tres) no era fácil de justificar. Allá no tenía a nadie ni nos esperaba nada. Sólo una cosa: estaríamos, al menos, lejos de esta mierda santificada por los hisopos de Amenophis II. Una razón valedera, en principio, pero el lugar; ¿por qué no Honolulu o Bogotá, o la Patagonia, o la amable «riviera» italo-francesa (o francoitaliana, cuestión de nacionalismos)?

Anoche leí algo sobre Humboldt en su viaje por la América Central. La balsa del mencionado y de Bompand discurre por la horizontal, entre los ríos Negro y Orinoco; no sé, tierras de Venezuela, Brasil o las

Guayanas... No, las Guayanas no, aunque anduvo cerca. Se volvió a Cuba y de allí a Colombia.

Quiero decirle que ha sido la sugestión de tal viaje quien me ha convencido, pero me doy cuenta de lo fútil de mi argumento. Ni siquiera me he puesto en la cola pensando adónde iba. ¿Y cómo podría argumentar sobre el porqué de la elección de la Guayana, hecha hacía ya más de una semana, apoyándome en un libro que leí precisamente la noche anterior?

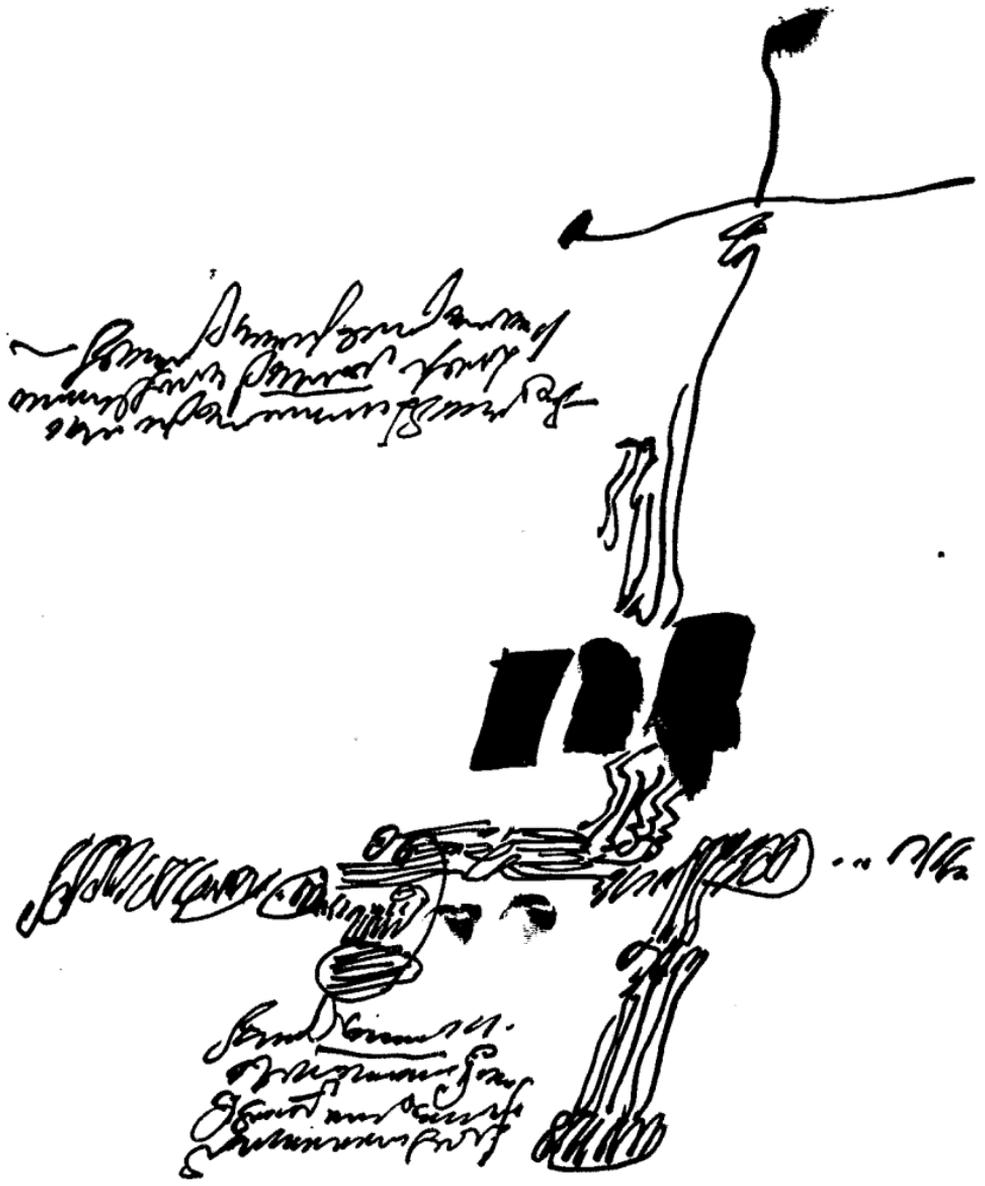
Aún tengo mis esperanzas en pie. La cola no se mueve, pero hay perros graciosos que cuida un cojo contrahecho, y gatos de la suerte y, sobre todo, hay optimismo antropológico; porque a todo el mundo le toca alguna vez un segundo, un segundo **que es el suyo**, aunque sólo sea para colgarse de una viga o tirarse un pedo.

¿Y este turismo de 1920? ¿Qué lógica tiene? Los viejos no se van a tomar el sol; se mueren, que es lo suyo. Y los niños ajenos, quietos en casa, entre los recuerdos tristes y grises de un futuro de barrio.

¿Por qué tanto viaje y tanta cola y tanto cacareo de falta de billete... «y tanto cura con manteo»...?

## II

Vamos engrosando, como la cerda a punto de parir. De eso no puedo quejarme; no sería justo siquiera por esta vez y en consideración al sufrido respetable. Pero el caso es que ya no somos una cerda, y hemos dejado atrás a la abobancada vaca a punto de soltar el choto. Somos una informe masificación de



carne tan larga y prieta como una longaniza, de esas que flotaron sobre Londres en 1940. No hay quien se escape. Pertenece al mismo cuerpo con idéntica indumentaria de estameñas, lanas, muselinas, organdíes, sedas, gabanes, terciopelos, panas, percales, franelas y pieles, un disparate indivisible de modas y colores.

La solución salió, por fin, de la ventanilla del despachante de billetes: **UN SOLO Y LARGO PASAJE PARA TODOS.**

Así fue como nos vimos a bordo —no recuerdo el nombre de aquel barco— y surgieron las primeras complicaciones.

Para efectos de adecuado acoplamiento, la compañía naviera había añadido, con la urgencia del caso, unos metros de eslora que daban al carguero un aspecto ridículo y estirajado. El contra maestre, después de una violenta discusión (in english) con un personalillo simiesco de la Lloyd's se sometió, disponiendo el orden de ubicación según los cálculos del sistema métrico decimal.

Yo —y mi mujer y mi hija— seguíamos en nuestra cola; porque no era cosa de perder la vez, y andábamos, como los ciempiés, a pasos cortitos, todos juntos en unión, defendiendo la bandera de la santa... Terminamos en la proa, que era el sitio de los metros de postizo, y todos tan contentos. Llegaba la hora de la Guayana y esto era de lo que se trataba... (no te marees, mujer, que sólo es el olor a fuel-oil). Ella me mira como si no entendiera. Todo el mundo sabe que los barcos andan con carbón. ¿Qué diablos de palabra había dicho?

El capitán, vestido como una lata de sardinas con señales de paso a nivel, andaba por la cubierta alta pegando casi con el larguísimo tubo de la chimenea que escupía espesas bocanadas de pestilente hollín. Mucha mosca lleva esta cola para una navegación tan larga. Calculábamos unos diez días —si el tiempo era propicio— y diez días eran muchas singladuras para aquel postizo.

Tranquilicé a mi mujer. Todo marchará según lo previsto. No era cosa de estropearlo ahora.

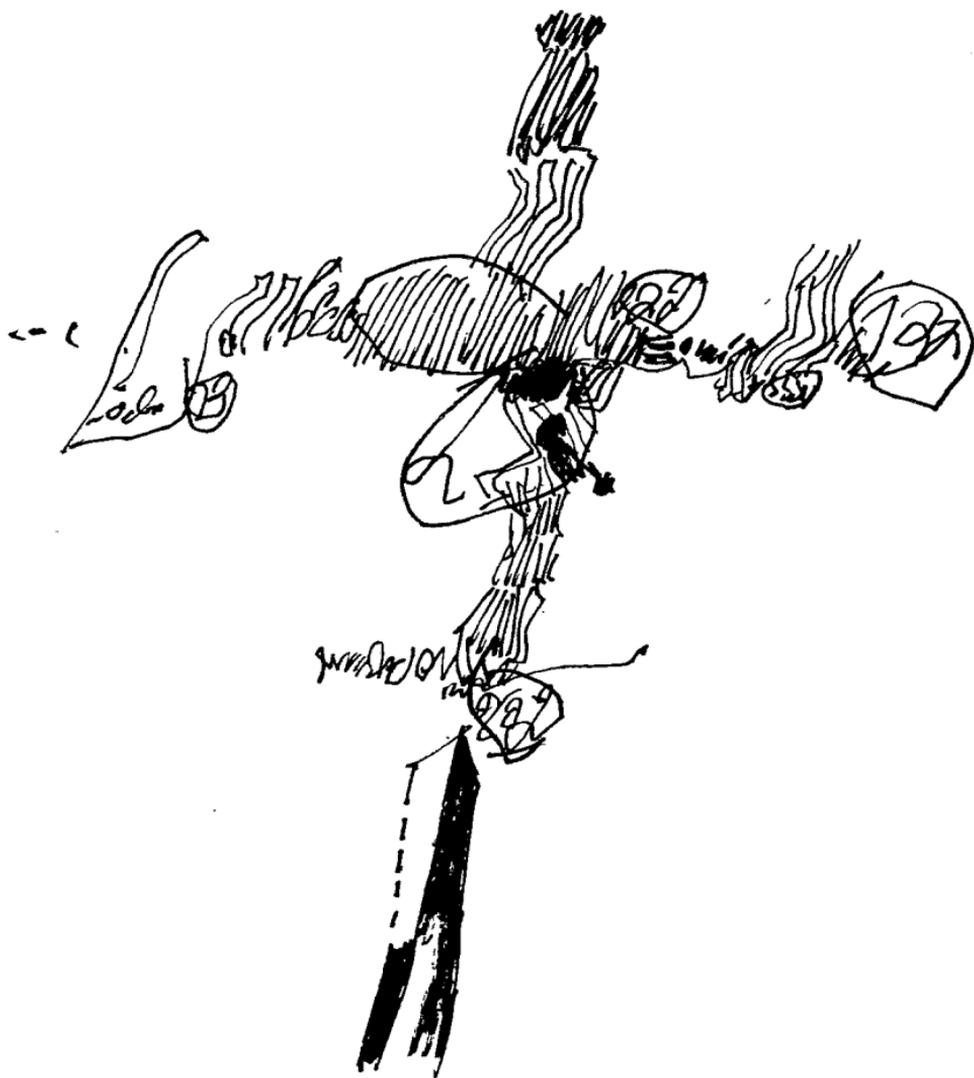
### III

Sigo en la cola, es decir, en otra cola, ya que aquélla era la **del otro día** y ésta pertenece a **hoy**.

De iguales características más o menos. Sólo, tal vez, un algo de sosiego en los componentes.

Sucedió que, en el otro viaje, los metros de postizo de eslora no obedecieron a los cálculos del astillero, y allí se quedaron, en el puerto, mientras el barco, súbitamente liberado, salió a toda prisa mar adentro sin hacer caso de áncoras y maromas. La cola —naturalmente— se partió y a nosotros nos tocó la peor parte, a saber, la parte que no fue a la Guayana.

Vuelta a empezar. Nunca es tarde cuando se tiene calma. Pero tampoco hoy parece haber billete, qué cosas... Siempre el turismo y dale con el turismo. La misma historia. Y, lo peor, es que sigo sin razones para tanta obstinación en la insistencia de aque-



lla geografía centroamericana. ¿Qué es lo que me pasa con esta incongruencia? ¿Por qué no quedarnos aquí, ahora que han atenuado los fríos y atemperado los fuegos y han crecido, agradables, los hisopos en forma de mangueras de riego?

La Guayana no es una ilusión. Se ha convertido en una temible obsesión.

Ella me lo dice y me lo dice; ya no quiere callarse, se siente anulada.

La cola se achica —¿será cierto?—.

Me topo al fin con los espejuelos del despachante, que me mira como si fuera a regalarme las nuevas tierras de Cipango. La cabeza del viejo, detrás de la ventanilla, se parece al cuadro (en marco orlado en oro) del bisabuelo de un amigo mío.

(Cinco días me costó, sin comer ni beber casi.)

#### IV

Corro por la calle de León y Castillo. Está como muerta; ni un «Ford», ni nadie...

El barco estará a punto de zarpar. Nada de añadidos, ¿eh? Seamos serios, aunque sólo sea en esta oportunidad... No quiero admitir la confusión de otra derrota, los filos resquebrajados del hierro flotando estúpidos sobre las suaves olas de la dársena...

Estoy como gordo cuando debiera ser lo contrario. Las piernas me pesan una tonelada, dos toneladas, qué sé yo...

Mis ojos están gordos; son gordos, como los de una lamprea, y esta lamprea quiere ver un barco, se ha puesto terca con el barco, que dice ver venir calle arriba, hacia mí, casco y quilla desnudos deslizándose por el asfalto como un enorme artefacto de hierro perforado por los mil ojos de los mil piróforos salidos del abismo.

Es mi barco. Se va mi barco y se va sin mí, se va calle adelante, rumbo a la Guayana, y soy una lamprea, un hombre gordo de piernas emplomadas, un tiburón sin voz.

En la naviera me han dejado una carta. Es de mi mujer. No lo quiero creer, pero la carta está ahí, sobre la mesa del XVI, para quien lo dude.

Dice así:

«Mi querido Alberto:

Cuando leas esta carta, sabrás que ya he partido. No hay remedio. No tendrás mi dirección, porque nunca más habrás de verme ni oír de mí. La Guayana está bien lejos y no debes intentar seguirme. Estimo que perdiste ya tu tiempo en tanta cola.

En cuanto a tu hija, ya la has perdido; a decir verdad, la perdiste hace ya bastante tiempo. Se marchó a la Guayana hace ya, el próximo día quince, dos años.

Hasta siempre.

Tuya,

Elena.»

# SOBRE PICASSO

## HOMENAJE A PICASSO\*

¿Aniversario de qué? Para ti no hay fechas previstas en el calendario. Ni un hito se encuentra desde donde podamos contemplar la continuada ola de tu desbordado color, esa luz puesta en pie como faro de nuestro siglo.

No puede haber aniversarios para Pablo Picasso. Sólo tiempo y más tiempo, picassos y más picassos cubriéndolo todo, tocándolo todo con nombres sonoros de orígenes hispanos.

Tú, grandísimo tragalotodo para buen provecho del gran arte, sales por donde quieres ocupando los espacios que nacieron bizcos, los brazos multiformes de tus figuras, y ese gran ojo enorme y profundo de una de tus telas que, ojalá, mirando por tí, conserve para siempre esa gran claridad que nos envías.

\* Escrito con motivo del 90º aniversario de Pablo Picasso.

## ANTE UN DIBUJO DE EVA QUE LE SALIO IGUAL A J. R.

Esta especie de Jacqueline Roque de diez años se la sacó Eva de la manga de sus recuerdos, de cuando no conoció a Jacqueline Roque ni al viejo maestro Pablo Picasso.

La manga de una niña es cosa siempre de la que cabe esperar una resurrección de Lázaro con pantalones de encajes de bolillo.

Porque sí no es resucitar a un muerto cuando se saca retrato y parecido a quien no se conoce, ¿en dónde estará entonces la milagrera razón de tamaño desparpajo?

Pienso en el viejo Picasso.

Estos ojos no hay quien se los hurte, como no sea el saber impoluto y libre de una Eva cualquiera.

La figura ha sufrido el terremoto de la línea y hay un afilado viento alba que empuja a la derecha, adonde apuntan las niñas de los ojos, de un azul imaginario de violeta.

Picasso, tu compañera —niña aún— con cuatro niñas fijas al asombro, te dibujan el natural de la gracia que el lápiz lleva a trancas y barrancas.

Y esos dos ojos suspendidos, como un bízco laurel desaviado, son para salvar del mal de ojo; que así no borren tu visión y te protejan para siempre.



La colección «Letras del Arte » está dedicada a escritos literarios o teóricos de artistas plásticos.

Otros volúmenes publicados: Pablo Picasso, EL ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ. Juan Gris, DE LAS POSIBILIDADES DE LA PINTURA Y OTROS ESCRITOS.

En preparación: textos de Julio González, Joan Miró, etc.

Colección «Letras del Arte»  
Editorial Gustavo Gili, S. A.